REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO 4 | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 12 DE JUNIO DE 1922 | No. 12

MADRID-EUROPA

WELLS

Su claridad magnífica: he aquí el secreto de la gran fuerza de Wells. He aquí igualmente la razón de su debilidad. Claro como un cristal, la transparencia es su valor; la transparencia, su desventaja. Nada como los cristales para tener crédito de veracidad en lo que nos revelan del mundo; nada como ellos para dejarnos sospechar que no existen.

Cierto, habrá en la actualidad pocos autores más universalmente leídos, más generalmente celebrados, que el autor famoso, cuyo éxito no interrumpido va desde *La guerra de los mundos* hasta *El Esquema de la Historia*. ¿Quién, sin embargo, de menor influencia en la ideología, en la sensibilidad del tiempo? Recordamos y percibimos todavía la percusión enorme de la obra de Tolstoi, de la obra de Anatole France. Conocemos hoy dannunzianos, barresianos, tagorinos, gorkianos, hoffmansthalianos, bernarchovinos y francijaimistas. Sabemos cómo pueden incluso trascender a las corrientes intelectuales de la época autores poco difundidos, de corta clientela lingüística o de edición escasa, como un Jorxaessen o un Apollinaire... Pero el «welliano», ¿dónde está? ¿Quién de nosotros debe algo, en la formación del propio espíritu, a escritor que tantas veces nos ha encantado, más, que tantas veces nos ha llegado a persuadir?

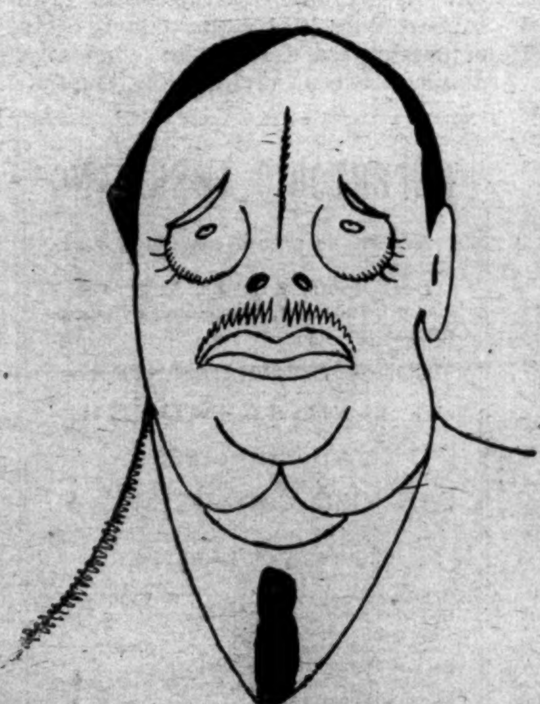
Es que, en cadà caso, su manera de presentarnos su verdad llegaba, de tan convincente, a confundirse con la verdad misma. En seguida le creíamos, pronto le olvidábamos. Creíamos el dicho, olvidábamos el dicente. Tan lúcido nos aparecía su reportaje sobre las cosas, que la persona del narrador evaporábase entre las cosas mismas. Para nosotros desaparecía él, si quedaban ellas. Lo que Wells nos ha contado de Rusia se confunde en nuestro recuerdo con una ilusión de observaciones directas, personales, sobre Rusia. Y también se nos antoja, sencillamente, que hemos estado alguna vez en la isla del doctor Moreau.

Impersonalidad, precio de la objetividad.—Llega una hora, empero, en que deben estos dos conceptos disociarse. Es ahora cuando Wells, el hombre llamado H. G. Wells, Wells en carne y hueso, aparece ante nuestros ojos. Ahora vemos claro que en aquel encanto, en aquella persuasión, había la presencia de los objetos; pero había la presencia de una persona también. Que había el mundo, y, además, un cristal entre nosotros y el mundo. Comprendemos que aquella *claridad* era una *honestidad*. Nos lo dicen la sencillez y el aplomo, la jovialidad y la corpulencia, el vigor y el atezamiento, los ojos buenos, aunque emboscados, la boca indulgente, aunque golosa, y la fatiga noble de los omóplatos y el metal de la voz y el apretón de manos.

BRANDES

JORGE Brandés no se quiere morir. Nuevas amigas nos llegan de él, nuevas de la resistencia valiente de su gran cuerpo de Mefistófeles octogenario a la obra perversa de la enfermedad... Y a nosotros, que velamos, inquietos, otra grave enfermedad paralela, la que hoy consume a Europa, a nuestra querida vieja, a la Europa sin distinción de naciones, a nuestra madre Europa, estos correos nos infunden ánimo. Supersticiosos, como suele serlo en casos así el amor que, a la cabecera, asiste al drama orgánico y a sus dolores, hemos llegado obscuramente a creer que la vieja tiene ahora más probabilidad de salvarse, si el viejo no muere. Que vivirá Europa mientras aliente, aunque sea entre hipos, aquel fervoroso europeo.

¿El último, grande? No; esperemos que no será el último. Y que todavía tendrá tiempo su mano enjuta—que tantas veces estuvo a punto de ser garra en la desesperación—de posarse, por fin, serena y, en el trance, bendecidora, sobre la cabeza de algún Benjamín lleno de ensueños continentales, para que no se extinga en el patricio solar la escogida estirpe del Señor Carlomagno.



H. G. WELLS

(*Caricatura de* BAGARÍA).

EUGENIO DE CASTRO

CUANDO Eugenio de Castro, en su lectura de la Residencia de Estudiantes, hablando de Feliciano del Castillo y de su ceguera, dióse a menospreciar, y en ello se entretuvo—por otra parte, exquisitamente—los poderes y virtudes del sentido de la vista, estuvimos a punto de interrumpirle para llamarle infiel e ingrato... ¡Cómo! Un portugués *que ve*, uno de los escasos escritores portugueses *que ven*, alguien que, por fortuna, puede vindicar en lo de percibir con exactitud y relieve formas y colores, la ascendencia de Camoens, el tuerto de buen mirar, alguien que, no indigno en este momento de parangón con Dante, con Gautier o con «Gaspard de le Nuit», ha sabido escribir de una trucha acero y rosa,

> parece un puñal con sangre
> después de una puñalada...,

un poeta que sabe, no ya por qué es dulce la miel de la abeja y por qué vuela tan alto el cóndor—saber de locos y de espiritistas—, sino cómo es exactamente el seno de Constanza y con qué ritmo muévese

el de la moza que, adornada de un gran corazón de filigrana, se deja llevar por su novio a la romería —saber ya éste de ojos lúcidos—, ¿se desconoce tanto, reniega de sí mismo y de sus mayores, hasta el punto de sumarse, en un momento de debilidad condescendiente, a ciertas tablas de valores de penúltima hora, exaltadoras de lo obscuro e inconsciente, de lo impreciso y confuso—o, si queréis, para decirlo en más nobles términos—, de la música contra la plástica?

Poeta, porque dentro de la poética de tu Portugal de hoy, húmeda de música y de «saudades», turbia de la tristeza de una tierra que ha sido por tantos siglos el fin del mundo, tú, romano, horaciano, eres como un cónsul del Mediterráneo, en nombre de éste y con su autoridad—, recogemos tus minutos de flaqueza y de contradicción en la lectura de la Residencia de Estudiantes, y, entre entusiásticos aplausos y sonrisas de gloria—te llamamos al orden.

EUGENIO D'ORS

(La Libertad. Madrid).

Wells, en la Residencia de Estudiantes

Es, ciertamente, muy grato para mí, encontrarme con vosotros, los representantes de esta Residencia de Estudiantes.

»Hubiera sido mi deseo dirigiros una conferencia larga y normal, y haber tenido la suerte de cambiar con vosotros ideas acerca de las muchas cuestiones que nos interesan en común: a vosotros, como participantes de la actividad intelectual de España, y a mí, como una especie de periodista de ideas.

»Desgraciadamente, estoy atravesando un período de cansancio grave. Tuve en América unos meses de arduo trabajo, y he sufrido recientemente una enfermedad que me hace difícil el hablar en público.

»Todo lo que puedo hacer por ahora es decir una pocas palabras en nombre de los muchos escritores ingleses y norteamericanos que trabajan en simpatía con vuestros propósitos.

»Esta es una hora de cambio y confusión en los negocios del mundo. Nunca fué tan necesario como lo es ahora el cambio libre y amistoso de pensamientos e intenciones entre los espíritus activos de un pueblo con los de otro.

»Yo no soy de los que desesperan del porvenir de la humanidad; pero tampoco soy de los que consideran ese porvenir con un optimismo blando. Lo que se ve, se me figura, es oscuro y peligroso. No comparto la opinión de los que declaran que la gran guerra que comenzó en 1914 ha sido una cosa beneficiosa y ennoblecedora para los hombres. Yo considero que fué un desastre, tal vez un desastre inevitable y necesario, pero un desastre. Fué el comienzo de un proceso de deterioro, de dilapidación y desorganización, que continúa todavía. La gente habla de la oscilación del péndulo y de un período de restablecimiento que tiene que venir. La oscilación del péndulo es una gastada y errónea metáfora. Los asuntos humanos provienen de la voluntad y no de la mecánica. Dudo mucho de que, en conjunto, se pueda apreciar un verdadero restablecimiento en los negocios del mundo. En 1921, el hambre acabó con más vidas que la guerra en 1914. En todo el mundo actúa un proceso de desorganización y de deterioro educativos. Sólo la resolución y la voluntad del hombre pueden detenerlo.

»El mundo posee esa voluntad y esa resolución. El problema supremo del momento es el de si existen resolución y voluntad suficientes para sobreponerse a la corriente de la inercia humana, de la beligerancia estúpida, de la supresión oscurantista, de las ambiciones, orgullos y odios tradicionales, de las sospechas ignorantes y de la total bajeza, que produjeron la gran catástrofe de 1914 y que todavía están actuando para destruir los comienzos de una moderna civilización mundial, que es la obra de los dos últimos siglos.

»En Wáshington he tenido el privilegio de presenciar un gran esfuerzo para el restablecimiento. La Conferencia de Wáshington fué una reunión muy humana y muy dramática, que tuvo sus aspectos áridos y desilusionadores; pero, en total, ha renovado mi ánimo y ampliado mis esperanzas en la humanidad. Creo que allí se ha evitado una gran guerra en el Pacífico. Creo que allí se ha detenido la rebatiña de las grandes potencias del mundo en la China, y que se ha asegurado la posibilidad de que los chinos, este pueblo grande y maravilloso, se vean libres para resolver sus propias dificultades, en un sistema republicano, grande, libre y moderno, con la amistosa cooperación del resto del mundo. Se ha llegado a una inteligencia nueva y más fuerte, así como a una voluntad común de paz, entre los pueblos norteamericano, británico y japonés; inteligencia que podrá ser muy fructífera en años venideros, no solamente en el Pacífico, sino en todo el mundo. Una de las cosas más sorprendentes y más llenas de esperanzas fué el encontrar en Wáshington que los chinos y los japoneses pensaban los problemas del mundo con una modernidad, una amplitud y una generosidad que podían muy bien haber sido estudiadas e imitadas por los estadistas estrechos y egoístas de una o dos de las potencias europeas. *(Muy bien. Muy bien)*. Han pasado los tiempos del egotismo nacionalista. El egotismo nacionalista ha quebrantado, por algún tiempo, la grande obra y la promesa de Alemania, aun más espléndida que la obra. También quebrantará las esperanzas de cualquier país que se deje llevar por él. *(Muy bien. Aplausos.)*

»Pero lo que más me impresionó en Washington fué la libertad y la abundancia de las discusiones, la exposición franca de cualquier aspecto de las cuestiones en debate. *(Muy bien)*. Washington lo hizo todo con inmensa publicidad; de suerte que, por lo que se refiere a la Gran Bretaña, los Estados Unidos y el Japón, no fué una conferencia de diplomáticos, sino una conferencia de estadistas y pueblos. Libre cambio de ideas e intenciones entre pueblos y pueblos; por ese camino está la inteligencia de los pueblos y la esperanza de la humanidad, en medio de sus presentes dificultades. *(Grandes aplausos)*.

»Porque creo en este libre cambio de ideas y de intenciones, y en el desarrollo de las inteligencias entre pueblos, y en el propósito común que debe ser su consecuencia, es por lo que he venido hoy tan gustosamente aquí a rendir mi tributo a los pies de vuestro Presidente D. Alberto Jimé-

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada SEMANALMENTE por
J. GARCIA-MONGE
Apartado 533
SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	3-50 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

nez, a expresaros, como escritor y periodista inglés y norteamericano, mi admiración hacia la obra que aquí estáis haciendo al establecer y reforzar un intercambio intelectual entre las grandes comunidades que hablan español y las que hablan inglés.

»Soy firme creyente en el papel eminente que el lenguaje, el pensamiento y la tradición españoles tienen que desempeñar en el Nuevo Mundo y, en el Antiguo. Visité en Wáshington el palacio de Pan-América, y tuve muchas ocasiones de compulsar el sentimiento norteamericano respecto de la España mayor, que está todavía por venir, y dondequiera, en Wáshington y en Nueva York, encontré a gente vivamente interesada en cosas españolas y libre de toda clase de celos respecto de un renacimiento español. *(Grandes aplausos)*. El mundo que habla inglés espera del mundo que habla español fraternidad y ayuda para la gran tarea de restauración y unión mundiales que se ofrece a los hombres».

Una calurosa ovación acogió el final de la conferencia. Como el Sr. Castillejo (cuya traducción fué, por lo demás, perfectísima) tradujese, en vez de «el mundo que habla inglés», el «Imperio británico», Wells, haciendo un gesto, interrumpió: «Imperio, no»; palabras que arrancaron una nueva ovación del auditorio.

(*El Sol*. Madrid).

H. G. Wells, en Madrid

Mr. H. G. Wells tuvo la bondad de recibir anoche a un compañero nuestro en el «hall» del Palace Hotel. El novelista inglés se encuentra ahora en la plenitud de la vida. Tiene el pecho ancho; la tez, clara y rosada; el pelo, rubio, empieza apenas a blanquear; le cae el bigote sobre la boca, alegre; la cabeza es redonda, larga y ancha. Su jovialidad es continua, y la enorme labor realizada no ha dejado otras huellas en su físico que un dejo de cansancio en torno de los ojos.

A su mesa se sentaban D. José Castillejo, del Centro de Estudios Superiores, y miss Rebecca West, escritora inglesa cuya agudeza crítica le ha ganado envidiable reputación en el mundo de la literatura británica. Mr. Wells se niega a hablar de cosas españolas.

—Este es un país—nos dice—del que han de decirse cosas que merezcan la pena de ser leídas. No quiero salir del paso con lugares comunes. Siento que algo importante ha de decirse de España. Quizá vuelva con más tiempo otra vez, al objeto de tratar de precisar mis ideas; pero por el momento prefiero callarme.

—Pero ya suponemos, señor Wells, que no ha venido usted a España a estudiar las cosas nuestras.

—Estoy descansando. Después de mi abrumador trabajo en Wáshington, me aguarda en Inglaterra una tarea mayor que la que nunca me ha esperado. Ya supongo tendrá usted noticia del río de libros que he publicado. Ahora estoy enfermo. No; no es cosa grave; pero estoy enfermo. No sé lo que encuentran los doctores en mis nervios.

Mr. Wells se sonreía con placidez. Sin duda le ha sentado bien la estancia en España. Se lo preguntamos.

—Mejor Granada que Sevilla. El aire de Sevilla es más espeso. El de Granada, más tónico. Lo que me ha sorprendido en Granada es el parecido de los tipos del pueblo, hombres y mujeres y gitanos, con los del Este de Londres. A veces me parecía estar entre los vendedores ambulantes de Whitechapel. Sin duda hay una veta ibérica en nuestra poblacion inglesa. El caso es que ahora parece como sentirse una influencia española entre el pueblo de Londres. Hasta ahueca el pecho aquella gente nuestra, lo mismo que ésta, cuando anda y se la mira.

Me ha gustado la catedral de Granada, a pesar de ser tan recargada. También el paisaje andaluz. He hecho a diario excursiones por aquellos campos. Ronda es inolvidable. Tampoco se olvida el paisaje desnudo de árboles del centro de España. Quizá estará el país más poblado de lo que permite su riqueza, y los campesinos han abatido el árbol para labrar la tierra. Los hombres, en general, no saben aún la importancia del árbol. Los espíritus que ven lejos son escasos en todos los países. ¡Cuán rara es todavía la mentalidad científica!... Pero ya le he dicho que no quiero hablar de España.

Hablamos de Rusia. Mr. Wells se interesó en la noticia de que el hambre que padece el pueblo ruso ha logrado conmover a considerable parte de nuestro pueblo. Al verle interesado, formulamos los reparos que aquí se hacen contra los rusos; sobre todo, contra los soviets. Le dijimos que se les acusa de la inexistencia en Rusia de reservas con las que se pudiera afrontar la escasez originada por la sequía.

A esto nos contestó Mr. Wells con una lección de geografía a grandes rasgos. El régimen climático de la región del Volga es el del Asia Central. En el siglo pasado ha habido ya otras sequías graves, a pesar de que ha sido una de las centurias más húmedas. A períodos de lluvias suficientes suceden otros de sequía. En rigor, no son países que debieran ararse, dada la instabilidad de su clima. Debiera vivirse en ellos la vida nómada que se vivía en las primeras edades de la historia, y que habrían seguido viviendo los tártaros y los «kirghises», a no haber sido conquistados por los moscovitas. Pero los moscovitas son más labradores que ganaderos. Al conquistar la región del Volga han ido sometiendo sus tierras de pastos al régimen del arado. Ahora es una población demasiado grande y con escasos medios de transportes para trasladarse a un país más húmedo. Hay hambre. Pero se sabe que hay hambre porque hay en Moscú un Gobierno que pide por los hambrientos. En otros tiempos ha habido hambres, sin que nadie se interesase en remediarlas. En la India hay también hambre, y no se sabe.

Seguimos hablando. Tratamos de dilucidar la parte de responsabilidad que cabe a los soviets en la situación actual. Mr. Wells cree que es poca aunque no se nos mostró amigo del nuevo sistema de gobierno en Rusia, pero sí enemigo del zarismo. Redargüíamos nosotros, mostrando que además de los germanófilos y reaccionarios, que son adversarios de la actual Rusia, por revolucionaria, hay también entre los aliadófilos españoles algunos que no olvidan que en la hora triste para los aliados, que fué en el verano de 1917, poco después de los amotinamientos del ejército francés y cuando parecía incontrastable la campaña submarina alemana, los soldados rusos depusieron las armas y estuvo a punto de perderse la guerra.

Pero Mr. Wells no aceptó la tesis

de que el fracaso de la segunda ofensiva de Brusiloff, en tiempos de Kerenski, pudiera considerarse como una traición a la amistad y a la palabra dada. Al llegar a este punto empezaron a enlazarse en la conversación los recuerdos de Mr. Wells con los de nuestro enviado, y no estamos seguros de reproducir exactamente los conceptos del novelista inglés; pero estamos casi ciertos de que Mr. Wells nos dijo que los campesinos rusos, cuya ofensiva, a costa de inmensas pérdidas, había salvado ya por dos veces a los aliados, debieron haber dejado las armas un año antes.

Kerenski vió claro. Lord Fisher vió también claro. Kerenski quería que los aliados fueran a la Conferencia de Estocolmo. Sabía que los rusos estaban hartos de la guerra y no podían más. No se quiso atenderle. Lord Fisher vió que los rusos necesitaban un auxilio directo. Quería ir con la escuadra inglesa al Báltico. Así se habría evitado la ofensiva alemana naval sobre Riga, que tanto precipitó la desmoralización rusa. Pero lord Fisher tropezó con la resistencia del Almirantazgo, que nunca vió con buenos ojos la idea de aventurar la escuadra por el Báltico. Y, además, hubo resistencias procedentes de la solidaridad de las casas reinantes, porque Rusia había dejado de ser monarquía, y los monarcas restantes no sentían ya el mismo deseo de ayudarla que si hubiera seguido en el trono Nicolás II. Y como los monarcas son menos numerosos que los súbditos, les es más fácil entenderse entre sí de lo que lo será nunca a los pueblos.

Pero ya es un comienzo de inteligencia de los pueblos ver que el hambre de Rusia suscita la compasión de considerable número de españoles.

(*La Voz*, Madrid)

Cuando la lluvia llama...

POR CARMEN LIRA

Mi humilde huerto de forma apaisada, fué convertido por no sé qué trabajos emprendidos en él, en una pobre figura despojada de todo follaje y cubierta de polvo. Sólo quedó en el centro aquel pobre arbusto que yo trajera de la montaña, en donde sus hermanos suelen ataviarse de blanco y perfumarse. Pero aquí, mi pobre desterrado oculta entre sus raíces el arca en donde guarda blondas y sedas, y parece indiferente o serio. Es como si se hubiese vuelto mudo.

Los yigüirros cantan desde el amanecer en los solares vecinos.

El invierno está aquí; la lluvia nos ha visitado diariamente toda la semana.

Una calentura me obligó a permanecer durante varios días entre las paredes de mi cuarto, pero hoy he podido madrugar con el sol y ¡oh milagro! por donde quiera en el suelo ví asomadas unas diminutas cabecitas verdes, algunas con una gotilla de rocío prendida al desgaire como una moña de vidrio; todas con un aire de curiosidad y de confianza que puso mi corazón a palpitar con ternura. La lluvia descendió del cielo para venir a llamarlas. Las simientes despertaron al escuchar el repiqueteo de aquellos piesecillos de cristal que ejecutaban sobre su sopor una danza de encantamiento. Y desde entonces no conocieron el sosiego, y llenas de esperanza se abrieron paso entre la oscuridad para sentir la luz.

Aquí están todas, porque todas fueron llamadas: el brote que lleva la ilusión de una campanilla, este otro de la mostaza honrada, desapacible y desprovista de gracia, y aquel de la ortiga que se erizará de espinas.

Las buenas y las malas hierbas según sirvan o no a los intereses humanos.

Y el sol pone por igual, sobre las verdes cabecitas, su caricia paterna.

En los rincones hay macizos de lágrimas de María y de esas flores que el pueblo llama de la resurrección, que salen directamente del suelo sin acompañamiento de hojas, por la Pascua Florida.

¿Qué geniecillos festivos lanzan de las entrañas de la tierra esos tallos, para que estallen como cohetes silenciosos en el esplendor de la mañana y desplieguen sus matices delicados?

Hace unos cuantos días, en ese mismo sitio en que contemplo ahora un tesoro de colores, mis torpes ojos de criatura humana solo veían el polvo amarillento sobre el que pasaba de cuando en vez, el relámpago de una lagartija.

Las lágrimas de María son lirios nacarados en forma de copa, en cuyo centro los estambres rubios hacen pensar que un rayo de sol convertido en un chorrito de oro llena lentamente el vaso.

Y un pasaje de Omar Khayyam sube a mis labios, mientras la brisa mueve los lirios que parecen tenderse ansiosos hacia el cielo:

«El tulipán para hacer su libación matinal levanta del suelo su corola, en busca de la vendimia de la luz. Haz con devoción lo mismo, hasta que el Cielo te invierta hacia la Tierra como una copa vacía».

EL CIGARRO

Oprimo con mis labios el cigarrillo de fino tabaco en el que se mezclaran esencias voluptuosas, y me parece exprimo en ellos el jugo de un racimo de quimeras. Entre mis dedos está el pequeño tallo oscuro en cuyo extremo la brasa es una florecita roja que tiembla mística y sensual. En mí hay el recuerdo de una boca joven y provocativa, que en una ocasión sorprendí murmurando ferviente una oración, para ahuyentar la tentación de un beso que era un pecado.

De la corola de rubí surge como ante un conjuro, una madeja de humo, tan delicada, tan sutil! Mi pensamiento es entonces una aguja de oro, una aguja tenue, semejante a uno de esos hilos de la Virgen que amanecen hilvanando las flores de los campos. En esta aguja se va enhebrando la guedeja de humo y comienzo a bordar fantasías sobre la urdimbre de sombras que se tienden sobre mi cabeza.

Mi espíritu sube en aquel rizo perfumado que brota de la flor de fuego, y se pierde... se pierde... Ahora es como si fuera a lo largo de ese río de ondas grises y silenciosas en una barca diminuta,

¡No sé más de mí!

La brasa muerde la carne de mis dedos con sus dientecillos de coral y... otra vez el contacto doloroso de la Vida.

En el cenicero queda sólo un montoncito de cenizas. Mas yo lo miro plena de simpatía. Yo sé que cada uno de los mínimos granos fué relicario de un hilo de aquella guedeja de ensueño sin forma, incoloro, inefable.

DESESPERANZA

Mi corazón ha caído entre la Tristeza como un niño en el pozo de una casa abandonada. Muy arriba, muy arriba sobre mi cabeza, hay un trozo de cielo azul que es una sonrisa indiferente sobre mi desolación.

¡NUNCA!

¿Qué instante de acabamiento creó esta palabra en nuestro idioma y la desprendió del latín?

La amasó el dolor en el pecho de una criatura agobiada que estaba de rodillas, y subió a los labios en unas alas fuertes pero heridas.

Es una palabra de carne fustigada que ha perdido la energía.

Está hecha de sombras que conocen el encanto de la luz.

Es de las palabras más humanas que escucharan oídos.

¡Palabra trágica en la que vibran la eternidad y el misterio!

Es algo que huye con la huella de un ruego o de una crispación en los pliegues del manto.

¡Nunca!

¡Cuán insignificante es en francés!

¡Jamais!

Tiene alas de gorrión.

Es inconsciente y sonríe como los simples en los momentos de horror.

En inglés vale más:

Edgar Poe la hace surgir entre el silencio de una «fosca media noche»; el escalofrío de lo desconocido recorre las tinieblas y los oídos se dilatan como las pupilas de los gatos en la oscuridad.

«Never more»!

A aquel viejecillo erudito de barba blanca y florida que es mi amigo y que sabe cómo expresaron su dolor y su alegría, el griego del tiempo de Pericles, y el latino contemporáneo de Virgilio, pedí me instruyera sobre la palabra que usaran para gritar su desesperanza, su negación implacable esas muertas generaciones.

Y me instruyó:

Nunquam en latín, y me citó versos de Ovidio.

Oudépote en griego y llamó a Menandro.

Y en árabe *Jemri* y en hebreo *Bli* o *Beli*.

¡Nunca!

¿Por qué será que a mí me parece más profunda, más helada, más rotunda en nuestra lengua?

¡Nunca!

A veces la repito como una oración, en alta noche, cuando a través del silencio brillan más las estrellas:

¡Nunca!

¡Y se va resonando tan hondo, tan hondo, sobre la quietud y la oscuridad!

El aullido de un perro suele acompañarla en su peregrinación hacia Dios.

LAS NUBES

Sobre el cielo del atardecer pasaban y se deshacían las nubes y las cumbres de la serranía estaban cubiertas de ellas.

Durante mucho rato contemplé la fuga de las unas y el reposo de las otras.

De pronto comprendí con desconsuelo que no eran ya para mis ojos, monstruos, danzarinas, pájaros, torres, carros, animales, como lo fueron antaño cuando mis ojos estaban engastados en mi cabeza juvenil como dos piedras mágicas que todo lo metamorfoseaban a su contacto según el anhelo del corazón. Ahora la imaginación cansada y macerada por la experiencia, murmuraba avergonzada de su saber, mientras las nubes pasaban sobre mi cabeza: son cirros, son cúmulos...

Y mi fantasía colgaba enjuta de mi espíritu, como un racimo de uvas al que hubiesen exprimido su jugo capitoso.

COMO EL MIRTO

Un pájaro gorjeaba entre el follaje del mirto y el sol poniente doraba el extremo de la copa verde oscuro. Además, por todas partes se había prendido sus florecitas ligeramente ambarinas.

Parecía un arbolillo feliz.

El pájaro sale volando y en su huida imprime una vibración en el arbusto. Las florecitas se estremecen y en torno del árbol palpita el polen dorado. Y como el sol acaba de ocultarse, hay la ilusión de que es el polvo áureo que cubría la punta de la copa, el que flota y desciende.

En el silencio del jardín se sienten aún vibrar las pequeñas hojas del mirto, pero tan levemente, tan suavemente... Como no hay brisa, dentro de un momento estará tranquilo.

Y yo ahora soy semejante a ese arbusto.

Cuando el amor estaba en mí, la Ilusión puso su penacho rubio sobre mi pensamiento y un pájaro a cantar dentro del corazón.

Cuando el amor murió, el airón dorado cayó hecho polvo a mis pies y al huir del corazón el pájaro canoro, mi cuerpo frágil quedó vibrando como el mirto de mi huerto...

Mas ya casi no vibra y a mí me da tristeza sentir cómo me voy quedando tranquila.

EL HOMBRE AQUEL

Siempre al anochecer pasa por mi puerta. Conozco su marcha, y cuando estoy en mi cuarto y lo oigo venir, salgo presurosa, sin que él lo note, para saludarlo. ¡Y cuán cálida es la voz con que le doy las buenas tardes!

Camina desganado: se conoce lleva el ánimo a rastras.

Es más bien bajo, cargado de espaldas y su viejo sombrero de fieltro hace pensar en el techo de una casa abandonada, por el que no se verá más salir el humo anunciador de la llama. Los ojos son azules, muy azules y se tienden bajo las cejas espesas—cual si fueran dos bestiecillas cansadas—a la sombra de rocas cubiertas de maleza. La barba es rubia y cana y entre ella corre su sonrisa, dulce como un hilo de agua a través de una pradera tostada por el sol.

A veces se detiene a conversar conmigo, con su acento extranjero.

Es de la Bohemia.

¡Qué lejos, Dios mío! ¿Por qué vino hasta aquí?

De oficio es relojero y siempre va inclinado como si escuchase el tic-tac de una maquinilla.

Antes era acomodado. Ahora es pobre y bebe mucho.

A menudo, cuando lo tengo ante mí, sufro una alucinación: se va haciendo pequeñito, pequeñito, la barba se borra. Es un niño sonrosado, de ojos zarcos y no es posible contemplar su cabecita rubia sin poner en ella una caricia. Está en el regazo de su madre que lo estrecha contra su pecho y le dice con tono inefable: ¡Mi hijito!

Pero los pequeños rizos han huido de su cabeza como las rubias abejas del lugar donde hace mucho frío; la vida ha engrandecido sus miembros y el vicio y el dolor los han quemado y retorcido. Y la madre que anhelaba abrirse el corazón para meter en él a su hijo y protegerlo, quizá ya no sea más que un montoncito de polvo en un rincón de la Bohemia.

Al alejarse, mis ojos lo siguen angustiados, ¿será la última vez que lo miran? Y cuando se pierde en las sombras, una tristeza infinita sube del fondo de mi ser y llena de agua mis pupilas.

UNOS ZAPATITOS ALADOS

Esta mañana, en un balcón interior de la casa vecina se oreaban unas botitas blancas a las que alguien acababa de poner muy albas y flamantes. Están hechas para un pie breve y arqueado, para un pie joven, ansioso de caminar y danzar. Yo sé que pertenecen a aquella muchacha que está posada en sus veinte años, con el encanto de una mariposa sobre una flor. Es una criatura esbelta y armoniosa tendida a la vida como una copa artística, para que escancie en su cavidad la alegría, hasta rebosar.

Y los blancos zapatos hacen pensar en dos palomas que enarcan el cuello al sol y se disponen a tender el vuelo hacia la dicha.

(Envío de la autora).

Poetas ecuatorianos

ALFREDO GANGOTENA

[Siempre lo recuerdo con los García Calderón y con nuestro Zaldumbide. Esta noche, que he comido con él, me da unos poemas de un compatriota suyo, muy joven y que tiene un gran talento. Su exquisita sencillez lo excusan de enviarle a Ud. estas piezas directamente y entonces me encarga que lo haga yo. Este joven poeta, que ha llegado a Europa en el ocaso de la civilización, ha sentido de cerca todo el movimiento del arte contemporáneo: en medio de tanta juventud que imita hay, sin embargo, un fuerte espíritu. Ud. le dará cabida en las columnas de su REPERTORIO.—*Napoleón Pacheco*. París].

Carta

Te escribo bajo la roja hoja de la humeante
[mecha.
Tan de lágrimas cargada, tropieza la tosca
[pluma.
Y kilómetros debía medir la página estrecha:
perdida en la de mis párpados y la celeste
[bruma.

Aunque yo esquivo el contorno, doloroso es
[todo gesto
mío: quisiera estrecharte, mas, sin fatiga
[camina
hacia mi centro aquel muro chato; y el tiem-
[po—también presto—
del espíritu despluma el ala, miserable
[harina!

Arrástrase la congoja en las riberas del ya
[pronto
pliego de papel y hoy rauco y comprimido
[corazón.
Pero, el motor del encéfalo me ayuda cuando
[monto
sobre cada instante vano y vertiginoso
[ladrón.

En el viento la más débil paja no posee
[estrías
para tiritar como mis piernas; y si por
[encanto
pudieras enviarme tu ánima: conmigo
[pensarías
en la del Partenón sola y caduca selva de
[acanto.

Y coronado, en lugar de laurel con sombra
[funesta,
te escribo con dignas manos de olvidado
[moribundo,
Y para que las delicias del Azul mezan tu
[siesta
de vieja Esfinge: que Dios te abrace antes
[del fin del mundo.

Paisaje

Los ilustres ensueños de las locomotoras
ilustran de espirales la tela del paisaje.
Como locomotoras, prestas huyen las horas
y en mi conciencia gime el eco de su engra-
[naje

Luego el cielo romántico tragóse la luna.
Como damas las sombras permutan su
[sonrisa;
y mis urgencias de poeta tienen una
lira en la cabellera que la neuralgia irisa.

¡Monótonas y negras fechas del calendario
de mi ansiedad, que el viento me prodiga
[pitanza!
Como el amigo divino que expiró en el
[Calvario,
bebo hiel y vinagre colgado en la esperanza.

El que roba azahares a las ramas en cinta,
para su novia, suba al cenit—el gran señor—
por mi escala de venias; y proclame: «La
quinta dimensión del Espacio, hermanos, es
[el dolor»...

Los postes telegráficos dícenme a hurtadillas
églogas de blasfemias y eléctricas consejas.
Mas, la bella vendrá a través de mis pesa-
[dillas
a evaporar mi pena y las nubes de mis que-
[jas!

157, rue de la Pompe. XVI. París

EL JUEZ Y LA LEY

Por RODOLFO STAMMLER

[Stammler es una de las grandes figuras europeas en la esfera de las ciencias sociales y jurídicas, el renovador moderno de los estudios de Filosofía del Derecho. El valor principal de la obra de Stammler es haber encontrado un método objetivo de carácter general, con arreglo al cual se pueden resolver con unidad científica las cuestiones singulares. El presente artículo es un ejemplo de la aplicación de este método a un problema particular jurídico].

ERA hace más de dos mil años. En el Foro romano se celebraba un juicio. Ante el Pretor, el juez civil ordinario en la época de la República romana, estaban dos hombres en violenta contienda. Uno acusaba al otro, un hostelero (caupo). Refería el demandante, que hallándose de huésped en casa del demandado, como se hubiera ausentado para sus negocios le habían desaparecido las cosas que en la posada tenía. Pedía indemnización de daños y perjuicios. El demandado replicaba que él no había tenido culpa ninguna. Las gentes que tenía a su servicio eran de confianza y vigilaba bien a sus esclavos; a más no estaba obligado, pues la ley de los romanos disponía que el deudor no tenía que responder del puro azar. El Pretor, considerando el caso, declaró que encontraba justificada la demanda. Es cierto que no hay culpa del hostelero, pero yo, como juez, durante el año de mi cargo, haré que todo hostelero responda de las cosas que les hayan desaparecido a sus huéspedes, a no ser que demuestren que el daño ha sido producido por fuerza mayor inevitable.

¿Podía hacer esto el juez? ¿Podía justificarse una decisión que no tenía apoyo en la ley?

Las legislaciones de distintos tiempos responden diversamente a esta cuestión. Entre aquellas que se inclinan a resolverla afirmativamente se encuentra también, en efecto, el derecho romano de la época de la República.

Los romanos vivían en aquella época tiempos inquietos. Hasta Augusto el templo del Dios Jano estaba siempre abierto, para que pudiese pedírsele por la paz, mientras en el interior ardía la lucha de las clases sociales. Para una reforma jurídica serena no había ni tiempo ni tranquilidad. Así se abandonó a los jueces la tarea de intervenir en las reformas y modificaciones de las leyes tradicionales. Los ciudadanos tenían defensa contra la arbitrariedad, en la escasa duración del cargo, en la posibilidad de una querella criminal a la terminación del cargo en el caso de que el magistrado hubiera procedido injustamente, en la posible protesta de los tribunos de la plebe contra los abusos de los magistrados, y en general en la pequeñez de las circunstancias de la Roma de entonces.

Sin embargo, parece que no dejaron de producirse abusos, y diversas leyes ordenaron que el Pretor que se hubiese apartado una vez en uno de sus Edictos de la ley general (jus civile) quedaba ligado a este precedente durante toda la época de su cargo y no podía volver arbitrariamente a la ley antigua.

Por otra parte un buen edicto era seguido posteriormente. El sucesor en el cargo, que como se ha dicho sólo duraba un año, lo recogía también y de este modo se formaba un núcleo de novedades acreditadas que el juez había introducido sin base legal, e incluso contra la ley. El juez reconocía que el poseedor de una cosa fuese protegido como propietario de la misma, aunque en la adquisición de ella no se hubiesen observado las viejas formalidades que habían ido anticuándose poco a poco; protegía a los hijos de una mujer fallecida, considerándolos como herederos, siendo así que la antigua ley disponía que sus bienes volvieran a los parientes agnados, y otras innovaciones importantes.

Es interesante constatar que en los últimos tiempos han aparecido análogas concepciones sobre la justa rela-

EL SALVADOR EN MEXICO

En el álbum de LYDIA PAREDES.

Sobre el broche entreabierto de tu boca risueña
vi pasar las abejas en un vuelo sonoro,
y en el divino enigma de la rosa abierta,
libar todas las mieles para el panal de oro.

VALLE INCLAN

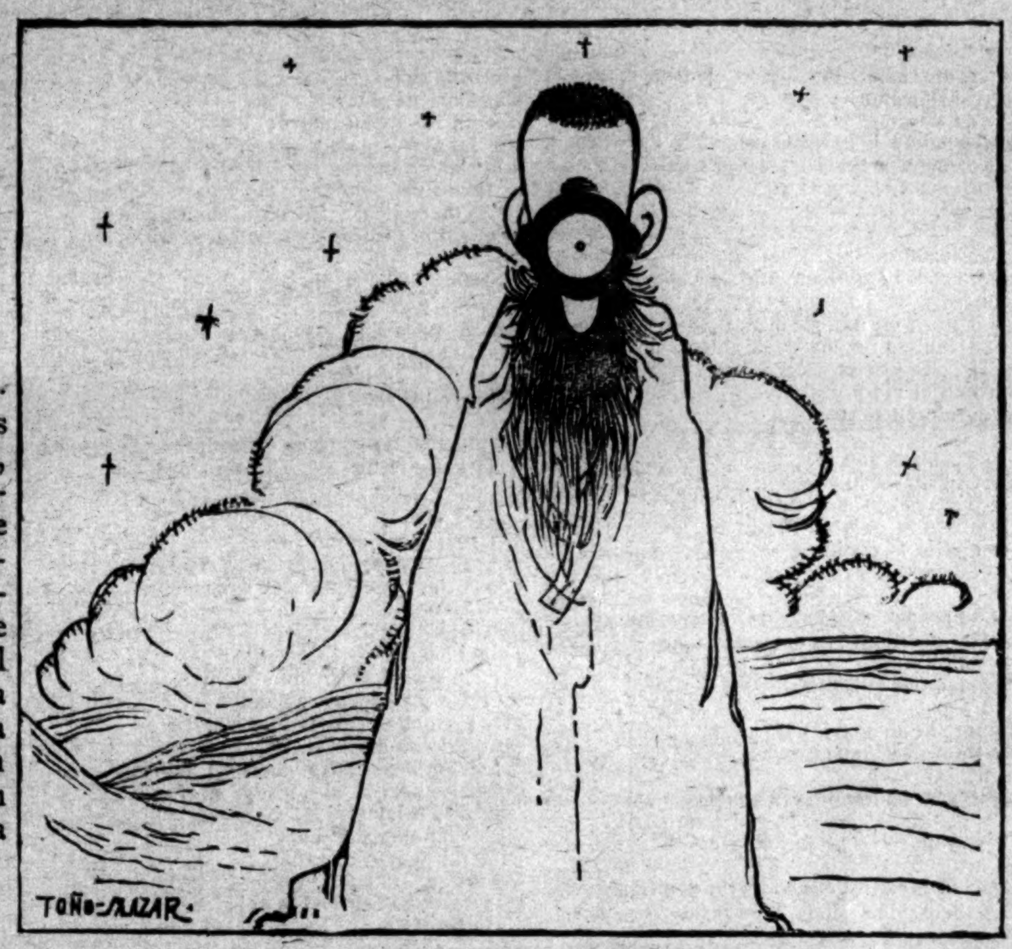
México, 25 de setiembre de 1921.

—

LA revista «Espiral», noble esfuerzo estético de tres jóvenes salvadoreños de gran porvenir, por mi medio, envía al REPERTORIO la original caricatura de don Ramón del Valle Inclán, hecha en México por Antonio Salazar, otro mozo salvadoreño de largos talentos, y los versos del Maestro de la prosa española para Lydia Paredes, que acompañó a su padre a la capital azteca, en Misión diplomática él, y ella, en representación de la gracia de la mujer salvadoreña.

URIALBA

San Salvador, mayo 1922.



¡PARECE UN VIEJO DIOS...!

---

ción entre el juez y la ley. Estas concepciones se encuentran en Francia y especialmente en Alemania. En Francia representa esta tendencia Magnaud, presidente del tribunal de primera instancia de Chateau-Thierry, que desde hace varios decenios se ha atribuido una jurisdicción libre, completamente subjetiva, y la ejerce en asuntos tanto civiles como criminales, de una manera «humana», como él dice. Muchos le han celebrado considerándole como «el buen juez», mientras la doctrina y la práctica dominantes en su país, se declaran contra esta jurisprudencia de carácter personal.

En Alemania ha aparecido independientemente, pronto hará unos veinte años, una escuela del derecho libre (*freirechtliche Bewengung*), sobre la que hay abundante literatura. Esta escuela desea que el juez se mantenga en una situación *absolutamente* «libre» frente a la ley, libertad que se manifiesta en dos sentidos:

1º En la exigencia de que no debiera existir *ninguna ley* que se hubiere de aplicar *forzosamente* en todos los casos a que se refiriese. Estas leyes que deben aplicarse *forzosamente* existen hoy en todas partes y las ha habido siempre. Un ejemplo: Cuando se desahucia a un inquilino y éste está enfermo, el juez puede concederle, según un criterio de equidad, un plazo para mudarse; en cambio, en el caso de que la habitación no reuna condiciones higiénicas, puede mudarse enseguida, aun en el caso de que hubiera conocido antes este defecto y hubiese renunciado a usar de él. Tenemos, pues, donde quiera, un estado *mixto* de derecho. Algunas leyes rigen con la reserva de que su aplicación no produzca un resultado principalmente injusto, mientras otras rigen forzosamente, porque contienen preceptos que una experiencia firme hace considerar como necesarios. Pero no hay razón alguna para abandonar este estado *mixto* de derecho; necesitamos leyes forzosamente preceptivas. No se puede decidir en cada caso, según equidad. La época de la mayoría de edad es preciso que esté determinada de una manera general. Las peculiares funciones que desempeñan, v. g., la letra de cambio y el cheque sólo son posibles regulándolas de una manera *forzosa*. Y análogamente en muchas otras muchas esferas. Por eso la exigencia práctica de un derecho absolutamente libre no es fundada.

2º Pero con esta exigencia práctica se une también la opinión teórica de que el juez debe tender a juzgar libremente. Sin embargo, nadie pide que decida según su arbitrio subjetivo; el juez no puede decir «tel est mon plaisir». Se exije que decida de un modo *objetivamente justo*. Pero entonces se necesita un método por el cual pueda conseguirse esta objetividad y a lo que entonces se apela es a la doctrina *filosóficojurídica* de la *Justicia*. Es preciso una consideración crítica de las condiciones en que puede decidirse «justamente» entre las pretensiones de los litigantes. Decir tan sólo que el juez debe juzgar «libremente», es pensar con superficialidad. Y por eso tampoco en el aspecto teórico tiene la Escuela del derecho libre ningún verdadero valor.

(*España*, Madrid)

Este es el día... (1)

Para mi amigo José Vasconcelos

Este es el día, la canción es ésta.
La casa familiar
está de fiesta,
el aire se deslíe en miel solar
y al corazón locuelo le dan ganas
de entreabrir las ventanas
y cantar.

Este es el día claro del Maestro,
en que todas las cosas luminosas
están;
el día claro, el día cristalino
—se alzan las manos y las gracias dan—
el día de la flor en el camino,
grato en el vino
y trémulo en el pan.

Las gracias dan
la estrella diamantina
y la palabra obscura en la neblina,
y también la palabra luminosa,
y se aparta la espina
y se enciende la rosa...

Y se asoma al balcón de este momento
el día—el niño de la crencha rubia—
risa en el viento
y lágrima en la lluvia...
Y su contento
es pompa que se irisa
y el llanto se matiza
de ilusión
y el día es en los ojos la sonrisa
y en los labios azules la canción.
(Un día claro es la mejor lección).

Ya me acuerdo: era un patio con fragancia
de azaharecidos pétalos: mi infancia
y el naranjo floreaban a la vez.
Y el cielo era un azul lo más suave...
El alma mía
se sentía
un ave
entre la incertidumbre del «quién sabe»
y la ciega dulzura del «tal vez».

Aquel recuerdo aun me tornasola.
El alma mía
azul amanecía
desperezadamente en su corola.
La niña Lola
en mis jardines era
a la manera
de la Primavera.
Su recuerdo se asoma
de repente
más floreciente
cuanto más lejana,
y se espanta a manera de paloma
—ala de armiño,
seda de cariño—
en frente
a la ventana
en que se asoma
el niño.

Es mariposa
bulliciosa
y vuela
y huye y regresa y en mi amor reposa,
mi amor, que por el patio de la escuela
corre infantil, tras esa mariposa...

Amanecía
azul el alma mía.
Todo en el aire estaba floreciente.
Dos cosas claras en la escuela había:
mi corazón y el agua de la fuente.
El agua sonriente
era un altar
lleno de luz solar
que aun me deslumbra;
los pájaros llegaban del oriente
a beber y a cantar
como en un nido
lleno de azul, de risa y de penumbra.
Y el sol era un muchacho consentido.

Y su recuerdo aun me tornasola.
La niña Lola
estaba sonrosada y sonreída
como la vida
y como la ilusión.
Yo aprendí esta lección
para mi vida:
¡la música del agua va escondida
y tiene un ritmo como el corazón!

¡Qué cosas!
Mis recuerdos como rosas
se me van deshojando en el sendero.
Tarde de escuela bajo el aguacero:
¡rosal
de rosas de cristal
yo quiero
ver tus rosas, punzarme en tus espinas
y caídas y pálidas las alzo.
¡Yo soy aquél que bajo el aguacero
cantando su canción, iba descalzo!
¡Ah, mis ciudades vagas en la arena
del patio en que el naranjo se efundía
áureo de miel
y loco de alegría!
¡Ah, mi puerto distante!
Yo fuí el
«as» de «ases» entre los aviadores,
y almirante entre los descubridores,
pues seguían mis barcos de papel
la huella de mis globos de colores...
Y la tarde en mi frente se adormía
(no se sabía
cuál de las dos era la más serena)
Y yo estudiaba así mi Geografía
en mis ciudades vagas de la arena.

Yo tenía
una sed de transparencia,
de monte azul y trémolo de río.
(No distinguía
bien la diferencia
entre el tuyo y el mío).
Yo vivía
temblando en una gota de rocío

La gota de rocío fué mi horario,
su libro abierto fué mi abecedario
y en su cristal un símbolo ondulaba,
—cristal de roca en que la frente mía
como en un relicario
se encerraba—
¡mi sonrisa fugaz lo estremecía
y mi lágrima dulce lo enturbiaba!

Sopla mi boca
ese cristal de roca...
La risa
está en la pompa que se irisa
y que azulina cambia de figura
y es en el huracán dorada y pura,
efímera canción que me depara
desesperadamente mi ternura
y en mi recuerdo límpido se aclara.

Mi lágrima es lucero diamantino,
fino diamante en la pupila hermosa,
luz deliciosa
en el oriente fino.
¡Anakreón me regaló una rosa
y me enseñó Pitágoras un trino!
(Y hallé una flor enmedio del camino),
¡Y el trino vuela,
en mi temblor se posa
como un perfume enmedio de la rosa
que es de la niña Lola y de su escuela!
Y soy un niño en la canción que sueña
con un lampo de sol entre la greña;
un niño azul, un niño cristalino,
y a la vez una lágrima en un trino...
Y luz de esa lágrima me alumbra
la obscuridad de la primer congoja.
¡Mi canción se desmaya en la penumbra
y mi rosa en el viento se deshoja!

Rafael Heliodoro Valle

(Envío del autor).

(1) Versos leídos por su autor en la Fiesta del Maestro, anualmente celebrada en México.

"La primera peseta" de Ortega y Gasset

Hace diez y nueve años tenía yo diez y nueve años y gané diez y nueve duros, los primeros peculiares que a mí llegaban. Había yo concluído entonces la carrera de Filosofía y Letras y padecía un apetito monstruoso de lectura. Yo necesitaba dinero para comprar libros, y conseguí por medio de Navarro y Ledesma que me encargasen de unas clases en dos típicos colegios madrileños. Uno de ellos, situado en la plaza de las Descalzas, estaba dirigido por un vejete simpático y cazurro, con aire de militar retirado, que vagaba por los pasillos del instituto con una larga vara en la mano. El otro creo que sigue aún abierto en la calle de Atocha; lo dirigía un seglar jesuitón que sabía halagar la ingenuidad de las madres por procedimientos verdaderamente geniales. He aquí uno de ellos: En una de las paredes del recibimiento había una portada de madera, puerta de una capilla.

Durante todo el curso, yo pasé por delante de ella y creía, como todo el mundo, que tras de la puerta de la capilla existía, en efecto, una capilla. Pero, no sé con qué ocasión, averigüé un día que de la capilla sólo existía la portada. Detrás de la magnífica talla barroca sólo había la pared.

En cada uno de estos puestos de pedagogía daba yo clase diaria de Literatura. Por este trabajo recibía diez duros en uno y nueve en otro; es decir, menos de dos pesetas la hora, tarifa hasta hace poco de los simones. El día primero de mes, después de dar mis clases, cobraba mis sueldos e iba inmediatamente a depositar los diez y nueve duros en la librería de Gutenberg, donde siempre había una cuenta contra mí superior a mis emolumentos.

Yo siento mucho que la historia de mis primeras ganancias carezca por completo de romanticismo.

José Ortega y Gasset

El factor espiritual en los problemas mundiales

Mucho antes de la terminación de la guerra se entendió claramente que el mundo tendría que afrontar problemas post-guerra, morales, sociales e industriales, únicos en la historia del mundo por su gravedad e importancia para la raza humana. Los pensadores de menos experiencia empezaron prematuramente a proponer soluciones fáciles, complejas o utópicas. Muchos de los grandes pensadores se callaron por largo tiempo ante problemas tan enormes y condiciones preñadas de tanto peligro para la civilización humana.

Hoy se empiezan a oir las opiniones meditadas de varios banqueros de primera fila, de capitanes de la industria y de estadísticos notables como el americano Roger Babson. Y lo sorprendente es que estos hombres que han estado manejando valores materiales durante toda la vida, no encuentran en ellos solución alguna, sino más bien en valores morales, en la buena voluntad entre los hombres y en el espíritu de servicio al prójimo.

Frank E. Vanderlip, expresidente de la institución bancaria de más fama en el mundo, The City Bank of New York, durante su segundo viaje de estudio a Europa, enunció la siguiente bien meditada opinión:

«El año pasado vine a Europa buscando la diagnosis de la situación económica. Este año vuelvo para indicar el remedio. En mi concepto, la única solución de los problemas mundiales tiene que ser una solución espiritual».

Y si queremos saber lo que piensa The American Exchange National Bank of New York City, leamos sus boletines mensuales y encontraremos las siguientes palabras, suscritas por su directorio:

«Nosotros que creemos en el sistema económico aceptado debemos seguir fieles a él y tratar de hacer más fácil su progreso, consiguiendo la cooperación de todo hombre de buena voluntad, con el fin de encontrarnos a nosotros mismos por medio del servicio leal al bienestar común».

Pero el hombre más atentamente escuchado por los economistas de América es el estadístico Roger Babson, a quien se llama el creador de millonarios. Un número considerable de personas han hecho su fortuna por haber conocido los presagios y haber seguido el consejo de este casi mágico del mundo comercial.

Las opiniones de Babson, que traducimos sin comentario para no cambiar esta nota en artículo largo, están publicadas en un mensaje que escribió para la revista «Association Men», órgano oficial de las Asociaciones Cristianas de Jóvenes de los Estados Unidos y Canadá.

Después de demostrar lo poco que vale el equipo material de su gran institución estadística en comparación con el prestigio moral de que goza, dice: «Terrenos y edificios, equipo y existencia de mercadería, efectivo y depósitos en el banco, no son el esencial supremo. El esencial supremo es la fuerza moral. No pregunte Ud. al poeta, al filosófo, ni al predicador. Pregunte al contador público. El valuará la fuerza moral en millones y la incluirá en el haber de su balance.

»Mi mensaje a los hombres de la Asociación Cristiana de Jóvenes es sobre el factor moral. Este es el haber omnipotente de una nación no menos que de una corporación. Es asombrosamente pequeño el valor que se encuentra en minas, molinos, cédulas y existencias de mercadería, todos estos recursos físicos que llaman la atención del público inexperto en los negocios. Hay más riqueza verdadera—y hablo ahora de la riqueza material y económica—hay más riqueza verdadera en un sólo edificio de la Asociación Cristiana de Jóvenes que en la fábrica más grande que se haya construido. Como productores y distribuidores de la buena voluntad, los hombres de la Asociación tienen el poder de aminorar las quiebras comerciales, de aliviar la falta de trabajo y de transformar esta época de depresión industrial en una de prosperidad abundante.

»El sentimiento religioso ha sido la fuerza espiritual que ha desarrollado nuestra nación, no sólo política sino también comercial e industrialmente. La historia económica enseña muy claramente una cosa y es que el problema industrial nunca será resuelto por las asociaciones de patrones, o por las asociaciones de obreros, o de consumidores, sino solamente cuando todos se reunan como hermanos, llenos del espíritu de Dios. Si he aprendido algo durante los dos años de servicio en Wáshington, al lado de Mr. Wilson, el ministro de trabajo, es que

Primaveral

Los castos palomares se han vestido de gala,
las flores se han abierto con más perfume [ahora,
es armonía el roce de un ala con otra ala
en las nupcias fragantes del Abril con la [Aurora.

Se derramó en los prados como torrente de [oro
todo el maravilloso cuerno de la abundancia,
Primavera: la vida, el amor: un tesoro
y todo luz, albura, armonía y fragancia.

Una pareja blanca se fugó tras la fronda
herida por el niño de la certera honda
que con sus ojos ciegos la eternidad explora.

Y bajo la custodia del angel de la vida
a buscar van amantes la Tierra Prometida.
Tal las nupcias fragantes del Abril con la [Aurora.

Aura Rostand

León, Nicaragua, 1921

(Envío de la autora).

estos problemas nunca se podrán solucionar por la fuerza ni por la legislación.

»Estoy hablando como estadístico y no como predicador. Nuestra libertad política, nuestra seguridad personal, nuestro sistema de educación, nuestros esfuerzos para aliviar el sufrimiento, nuestra industria y comercio —todo lo que tiene valor para la civilización—lo debemos a aquellas cualidades espirituales que enseñan al hombre a servir.

»La diferencia entre el barbarismo y la civilización es una diferencia en el elemento espiritual. Aun cuando la civilización ha progresado hasta el punto en que la tenemos hoy en día, su seguridad depende del sentimiento religioso que impregnemos en ella. La civilización no progresa hasta que la espiritualidad haya hecho un salto y entonces se esfuerza para alcanzar a ésta. Eso es lo que el movimiento obrero necesita hacer. Cuando haya un aumento de espiritualidad entre todos los grupos, entonces habrá otro gran desarrollo en el movimiento obrero, pero no antes. Es imposible implantar cualquier reforma permanente por medio de la fuerza. Podemos desarrollarnos solamente en la medida en que cooperamos con el espíritu de Dios. ¡Ojalá que los hombres pensasen más en las cosas espirituales y menos en las mercaderías, los balances de bancos, el comercio extranjero y la inmigración. Cuando así lo hagan, tendremos otra vez la prosperidad. Y es más, la depresión actual continuará mientras no venga este cambio».

J. C. R.

(Mercurio Peruano, Lima)

HOMENAJE

Por PABLO EMILIO HOYOS

El 13 de junio del año pasado, hará ya 11 años que aquel esteta filósofo que se llamó CARLOS ARTURO TORRES, rindió tributo a la muerte en la rumorosa ciudad del Avila.

El nombre de este eminente pensador sintetiza en los últimos tiempos la más armoniosa, la más pura y bella expresión del pensamiento en estas so leadas tierras de Sur América en cuyo ambiente exhuberante parece difícil de arraigar el amor al estudio austero. Dotado de una rara frialdad de raciocinio, propia más bien de las razas septentrionales, frialdad que le permitió el análisis sereno, desapasionado, consciente y reflexivo de las prácticas y métodos que se hallan enfrentados tradicionalmente, poseyó también en maravillosa dualidad, y en grado máximo aquella rara virtualidad de la gran familia latina: el entusiasmo juvenil. Y así lo vimos combatir con bizarría, con denuedo y fe invencible en las candentes luchas de nuestras tormentosas democracias, en defensa de las ideas que creía más propias para realizar por la vía de una cultura cada día más intensa, la verdadera prosperidad del continente. Su vida fué multiforme y accidentada, y como inteligencia bien preparada, tuvo que desempeñar las más heterogéneas funciones en este medio donde la especialización es casi un imposible. Diarista, fundó en asocio del malogrado José Camacho Carrizosa aquella altísima tribuna del pensamiento suramericano que hoy todavía perdura: «El Nuevo Tiempo». Profesor, lo fué de varias cátedras en el Externado de Ciencias Morales y Políticas. Poeta, lo fué a la manera de Alfredo de Vigny a quien rendía culto fervoroso y de quien tradujo estrofas admirables; como el Conde, tiene símbolos traslúcidos y claros. Su poesía no anda en boca del vulgo, porque es menos imaginativa que intelectual. Vivió siempre preocupado por el ideal latino. Su meditación «En la Abadía de Westminster» en que el poeta con el vigor quintanesco de la expresión canta la grandeza de Albión simbolizada en aquel panteón de sus grandes hombres, es un grito de alarma a los hijos de la loba romana, contra la raza imperialista, que vigoriza sus músculos y obra conforme a los principios de los filósofos de la energía. Tradujo de Edgar Poe el admirable poema onomatopéyico «Las Campanas», una de las mejores poesías del «clásico del dolor y de la melancolía». Sociólogo, TORRES tenía talla de reformador, y de su forja salieron deslumbradores derroteros para los hombres del mañana. «Idola Fori» y los «Estudios Ingleses» son dos libros que acendran lo más alto que en Colombia se haya pensado y dicho en relación con las cuestiones que deben preocupar a los pueblos. Diplomático, en varias ocasiones fué representante de Colombia en el extranjero; y siendo Ministro de nuestro país en Venezuela, dejó de existir casi repentinamente, cuando era lícito esperar de su cerebro, en plena madurez, una espléndida cosecha. Su muerte prematura, cubrió de fúnebres crespones la tierra de Nariño, de Santander, de Arboleda.

Quieran los hados, protectores del genio, que pronto resurja a la perpetua serenidad del bronce, la simbólica silueta del insigne pensador.

Marinilla, abril de 1922.

(Colombia, Medellín).

El Dr. Belaúnde, conferencista en los EE. UU.

El doctor Víctor Andrés Belaúnde ha recorrido cerca de veinte universidades norteamericanas, dando gratuitamente conferencias sobre nuestro problema del Pacífico.

La Universidad de Southern California le ha conferido el grado de doctor honorario en leyes, siendo el primer peruano que obtiene un grado honorario de universidades norteamericanas.

Bajo los auspicios de la *James Schouler lectures ship*, ha sido contratado para dar una serie de conferencias, junto con las siguientes personalidades: doctor S. L. Joshi, profesor del colegio de Baroda en la India; barón S. A. Korff, antiguo profesor de Derecho Público en la Universidad de Helsingfors; y doctor Westel W. Willoughby, profesor de Ciencias Po-

líticas en la Universidad de John Hopkins.

La primera conferencia del doctor Belaúnde, conforme a su contrato con la James Schouler, se ha realizado e 16 del mes pasado en la Universidad de John Hopkins y el tema ha sido «La cultura y los ideales de Hispano-América».

El siguiente breve resumen de esta conferencia, acompañado de un retrato de Belaúnde, lo ofrece «The Sun», de Baltimore, en su edición de 17 de marzo del presente año:

«La unidad política, así como la unidad en la cultura y en los ideales fué anunciada para las naciones españolas de América por el doctor Belaúnde, profesor de ciencias políticas de la Universidad de San Marcos de Lima, en un discurso pronunciado ayer en la Universidad de John Hopkins. El profesor Belaúnde, quien ha estado anteriormente en el servicio diplomático peruano, conferenció bajo los auspicios de la James Schouler Foundation.

»La cultura hispano-americana, dijo el doctor Belaúnde—está, como la cultura puramente española, caracterizada por la individualidad y variedad más que por la unidad y organización, que son las características de la cultura anglo-sajona. Nuestras naciones —afirmó—no son creaciones artificiales o meros productos de acontecimientos políticos.

Los elementos comunes se desenvuelven. —»Nosotros debemos observar, sin embargo, que en tanto que las naciones sudamericanas continúen creciendo en fuerza, ellas desarrollarán gradualmente elementos comunes y permanentes, que producirán una rica unidad espiritual. Sin una propaganda artificial y deliberada, sin bombo con relación a la fraternidad y sólo por obra de progreso, los pueblos de la América hispana se acercarán mutuamente y se unirán.

»La debilidad de nuestras naciones es el resultado de la desinteligencia de unas respecto de otras y de su aislamiento internacional; pero la fuerza interna nos inclinará hacia la solidaridad más allá de las fronteras nacionales. Este movimiento debe ser contemplado con simpatía por todos los hombres de buena fe en los Estados Unidos. Dejemos a los imperialistas pasados de moda pensar, si ellos quieren, que los países de la América hispana están condenados a un perpetuo vasallaje económico y a una extraña influencia política.

El destino de la América. — »La riqueza y eficiencia de la civilización del continente sudamericano demandan el desarrollo y vigorización de la cultura anglo-sajona. De la harmonía e inter-relación de esos elementos contiguos depende el destino de la América y quizás de la civilización humana.

»Los americanos del sur necesitamos la organización económica y la disciplina, así como el espíritu democrático de los del norte y éstos harán bien en mirar con simpatía nuestros sentimientos artísticos, nuestra fe idealista y nuestra devoción a todos los grandes anhelos humanos. En vez de la desinteligencia, desconfianza y hostilidad, extendamos y vigoricemos el lazo de simpatía que debe unir y que une ya las almas de los dos grupos de pueblos para bien de la humanidad».

(*Mercurio Peruano*, Lima)

"MADRE,"

DE SAMUEL VELASQUEZ

(Edición de Don J. García Monge.—1922).

La pluma puede ser pincel, o bien puede ser arpa: todo consiste en el impulso, en el frenesí que bulle en la personalidad del que escribe. Puede ser también voz cariñosa de complaciente abuela que dice historias viejas. La pluma es un aparatillo sencillo pero mágico, por lo que creo que a veces lo pequeño es más grande que «lo grande»; a veces la grandeza es un exotismo en «la grandeza aparente».

La novelita de Velásquez, con sus 85 páginas, deleita más que muchos grandes novelones sin gracia, editados y quizá escritos por el afán del lucro. Hay que leer este librito para aumentar la visión halagüeña que nos ofrece el panorama pródigo de la literatura Hispano-Americana. Hay que oir la la voz de estos fervientes escritores andinos!

En esta América fecunda se yergue hoy un árbol corpulento y hermoso—Velásquez—; ha fructificado: sus frutos son de oro, porque brilla; de miel, porque deleitan...

Dije que la pluma puede ser pincel; pues bien, en las manos de este novelista es pincel primoroso, capaz de presentarnos el cielo de los ángeles. Ved cómo pinta el amanecer:

«Así como comenzaron las mejillas de Lázaro a florecer dulcemente con los sonrojos de la vida cuando el Señor le dijo: «Levántate», comenzó el cielo por el oriente a teñirse de un carmín tan lánguido, que apenas se aguantaba lo llamasen color, y se regaba en el aire una media luz mansa, como si dijera: No me toméis en serio».

He aquí lo que dice al retratar a Inés:

«Los cabellos eran un matorral negro que no soportaba más moda que dos trenzas gruesas, largas, rematadas en manojos de bucles, tal así como dos ríos que después de correr encauzados largo trecho, llegasen a una llanura y se desparramaran en brazos».

Y sacar paisajes y retratos, sería copiar de nuevo el libro.

Puede también considerarse esta obra—en buena parte—como una compilación folk-lórica antioqueña, pues que abundan bastantes expresiones que tal cosa dicen, como aquella que pronunció Felipe, enfadado: «¡Malditas sean trescientas anegas de regiones de diablos!»

En fin, el libro debe leerse; su lectura es amena e interesante por algunas ocurrencias acomodadas oportunamente. ¡Qué congojas las de Inés hasta parar en manos de la muerte!

¡Qué voz la de Felipe, y que cuerpo cuando «ponía palpitante una red de venas que se alzaban como un enjambre de víboras azules!» Ya ojeado el libro, nos creemos cual viejos campesinos antioqueños.

MARCO TULIO SALAZAR

Barba—24—5—1922.

Un día perfecto

POR EL DR. EUGENE LYMAN Y EL DR. FRANK CRANE

[El primero de estos señores es director del instituto «Extensión de la Vida» y una de las autoridades médicas de más renombre de los Estados Unidos. El segundo es director de la famosa revista «Current Opinion» y autor de varios libros y de innumerables artículos reproducidos en periódicos y publicaciones serias.

El día perfecto para ellos se refiere a dar reglas prácticas para la higiene y salud del cuerpo e indirectamente para el desenvolvimiento del carácter humano. A quince reducen sus reglas]:

1—Levántate a tiempo. Esto se consigue formando el hábito de hacerlo. Los que retardan el levantarse y necesitan después apresurarse en su desayuno cometen una gran falta física.

2—Levántate tan pronto como te despiertes. Es una regla de Juan Wesley y es muy buena regla.

3—Toma un baño de aire fresco antes de vestirte; permite que el aire penetre por todo tu cuerpo. Esto, lejos de darte resfriados, te preservará de contraerlos.

4—Antes de ponerte ninguna pieza de ropa, practica cinco minutos de ejercicios atléticos.

5—Toma después un baño y una ducha fría y frótate con una toalla áspera a fin de provocar una reacción de calor.

6—Límpiate los dientes con sumo cuidado.

7—Bebe un vaso de agua fría.

8—No te vistas con ropa demasiado pesada y muy estrecha. Excluye todo lo que te moleste.

9—Toma tu desayuno con calma, con alegría y no disputes durante el desayuno. Principia el día con una nota de gozo.

10—No te dejes llevar en la comida por el instinto sino por la inteligencia. El animal o el salvaje pueden confiar en sus instintos, pero para el hombre civilizado, los instintos son casi siempre engañosos. Debe valerse de la inteligencia para saber la calidad y cantidad de lo que debe comer.

11—No te apresures para nada. El apresuramiento implica siempre deficiencia en tus planes.

12—Cuando principies el trabajo del día proponte un programa que abarque todo el día. Ya cumplas o no literalmente este programa, guárdalo en la mente y evitarás la confusión.

13—Come poco en la hora del lunch. Haz del lunch una hora de recreo y de descanso más que de comida.

14—Cualquiera que sea el trabajo que debes hacer, hazlo como la tarea del día; es decir, haz cada día tu tarea y no te preocupes de la tarea de mañana ni te quejes de la tarea de ayer.

15—Procura ir a la cama a tal hora que puedas dormir ocho horas completas antes de levantarte.

(*La Nueva Democracia*. N. Y.)



Imprenta y Librería Alsina.—San José de Costa Rica